

Quixote en el castillo, ó casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes. . . . .	211
CAP. XIX. Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos. . . . .	226
CAP. XX. Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre. . . . .	239
CAP. XXI. Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos. . . . .	255
CAP. XXII. Donde se da cuenta de la grande aventura de la Cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha. . . . .	266
CAP. XXIII. De las admirables cosas que el extremado Don Quixote contó, que habia visto en la profunda Cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa. . . . .	280

PARTE SEGUNDA  
DEL INGENIOSO HIDALGO  
DON QUIXOTE  
DE LA MANCHA.

CAPÍTULO I.

*De lo que el Cura y el Barbero pasáron con Don Quixote cerca de su enfermedad.*

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia, y tercera salida de Don Quixote, que el Cura y el Barbero se estuviéron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dexáron de visitar á su Sobrina y á su Ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazon y el cerebro, de donde procedia, segun buen discurso, toda su mala ventura: las quales dixéron, que así lo hacian, y lo harian con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por

momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio: de lo qual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habian acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande, como puntual historia, en su último capítulo: y así determináron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese, y acordáron de no tocarle en ningun punto de la andante caballería, por no ponerse á peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban. Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no parecia sino hecho de carne momia. Fuéron del muy bien recebidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de si y della con mucho juicio y con muy elegantes palabras: y en el discurso de su plática viniéron á tratar en esto que llaman razon de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquél, reformando una costumbre y desterrando otra: haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno, ó un So-

lon flamante: y de tal manera renováron la república, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron: y habló Don Quixote con tanta discrecion en todas las materias que se tocáron, que los dos examinadores creyeron indubítamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Halláronse presentes á la plática la Sobrina y Ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el Cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia, si la sanidad de Don Quixote era falsa, ó verdadera, y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que habian venido de la corte, y entre otras dixo, que se tenia por cierto, que el Turco baxaba con una poderosa armada, y que no se sabia su designio, ni adonde habia de descargar tan gran nublado, y con este temor, con que casi cada año nos toca al arma, estaba puesta en ella toda la Christiandad, y Su Magestad habia hecho proveer las costas de Nápoles, y Sicilia y la isla de Malta. A esto respondió Don Quixote: Su Magestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus

estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejále yo que usara de una prevencion, de la qual Su Magestad la hora de agora debe estar muy ageno de pensar en ella. Apénas oyó esto el Cura, quando dixo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre Don Quixote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el Barbero, que ya habia dado en el mesmo pensamiento que el Cura, preguntó á Don Quixote, qual era la advertencia de la prevencion que decia era bien se hiciese, quizá podría ser tal, que se pudiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los Príncipes. El mio, señor rapador, dixo Don Quixote, no será impertinente, sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el Barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los mas arbitrios que se dan á Su Magestad, ó son imposibles, ó disparatados, ó en daño del Rey, ó del reyno. Pues el mio, respondió Don Quixote, ni es imposible, ni disparatado, sino el mas fácil, el mas justo y el mas mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbi-

trante alguno. Ya tarda en decirle Vuesa Merced, señor Don Quixote, dixo el Cura. No querria, dixo Don Quixote, que le dixese yo aquí agora, y amaneciese mañana en los oídos de los señores Consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo. Por mi, dixo el Barbero, doy la palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que Vuesa Merced dixere á Rey, ni á Roque, ni á hombre terrenal: juramento que aprendí del romance del Cura, que en el prefacio avisó al Rey del ladrón que le habia robado las cien doblas y la su mula la andariéga. No sé historias, dixo Don Quixote; pero sé que es bueno ese juramento, en fe de que sé que es hombre de bien el señor Barbero. Quando no lo fuera, dixo el Cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. ¿Y á Vuesa Merced quien le fia, señor Cura? dixo Don Quixote. Mi profesion, respondió el Cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dixo á esta sazón Don Quixote; hay mas sino mandar Su Magestad por público pregon, que se junten en la corte para un dia señalado todos los caballeros andantes, que vagan por España, que aunque no vinie-



sen sino media docena , tal podría venir entre ellos , que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco ? Esténme Vuesas Mercedes atentos , y vayan conmigo. ¿ Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres , como si todos juntos tuvieran una sola garganta , ó fueran hechos de alfenique ? Si no díganme ; quantas historias están llenas destas maravillas ? Habia, enhoramala para mí , que no quiero decir para otro , de vivir hoy el famoso Don Belianis , ó alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula , que si alguno destes hoy viviera , y con el Turco se afrontara , á fe que no le arrendara la ganancia ; pero Dios mirará por su pueblo , y deparará alguno , que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros , á lo ménos no les será inferior en el ánimo : y Dios me entiende , y no digo mas. ¡ Ay ! dixo á este punto la Sobrina , que me maten , si no quiere mi señor volver á ser caballero andante. Á lo que dixo Don Quixote : caballero andante he de morir , y baxe , ó suba el Turco , quando él quisiere y quan poderosamente pudiere , que otra vez digo que Dios me entiende. Á esta sazón dixo el Barbero: suplico á Vuesas Mer-

cedes que se me dé licencia para contar un cuento breve , que sucedió en Sevilla , que por venir aquí como de molde , me da gana de contarle. Dió la licencia Don Quixote y el Cura , y los demas le prestaron atención , y el comenzó desta manera :

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre , á quien sus parientes habian puesto allí por falto de juicio : era graduado en Cánones por Osuna ; pero aunque lo fuera por Salamanca , segun opinion de muchos , no dexara de ser loco. Este tal graduado al cabo de algunos años de recogimiento se dió á entender , que estaba cuerdo y en su entero juicio , y con esta imaginacion escribió al Arzobispo , suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones , le mandase sacar de aquella miseria en que vivia , pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido ; pero que sus parientes , por gozar de la parte de su hacienda , le tenían allí , y á pesar de la verdad querian que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo , persuadido de muchos billetes concertados y discretos , mandó á un capellan suyo se informase del Retor de la casa , si era verdad lo que aquel Licenciado le escribia , y que asimesmo hablase

con el loco, y que si le pareciese que tenia juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hizolo así el capellan, y el Retor le dixo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podia hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellan, y poniéndole con el loco, habló con él una hora y mas, y en todo aquel tiempo jamas el loco dixo razon torcida, ni disparatada; ántes habló tan atentadamente, que el capellan fué forzado á creer, que el loco estaba cuerdo: y entre otras cosas que el loco le dixo, fué que el Retor le tenia ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacian, porque dixese, que aun estaba loco y con lúcidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenia, era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos, ponian dolo y dudaban de la merced que nuestro Señor le habia hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente él habló de manera, que hizo sospechoso al Retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el ca-

pellan se determinó á llevarsele consigo á que el Arzobispo le viese, y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe el buen capellan pidió al Retor mandase dar los vestidos con que allí habia entrado el Licenciado: volvió á decir el Retor, que mirase lo que hacia, porque sin duda alguna el Licenciado aun se estaba loco. No sirviéron de nada para con el capellan las prevenciones y advertimientos del Retor, para que dexase de llevarle: obedeció el Retor, viendo ser órden del Arzobispo: pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes, y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellan, que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellan dixo, que él le queria acompañar y ver los locos que en la casa habia. Subiéron en efeto, y con ellos algunos que se halláron presentes: y llegado el Licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entónces sosegado y quieto, le dixo: hermano mio, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio, ya estoy

sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mi me ha vuelto á mi primero estado, tambien le volverá á él, si en él confia: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómo en todo caso, que le hago saber, que imagino como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos, y los cerebros llenos de ayre: esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del Licenciado escuchó otro loco, que estaba en otra jaula fróntero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces, quien era el que se iba sano y cuerdo. El Licenciado respondió: yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gracias á los Cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decís, Licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, sosegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorrareis la vuelta. Yo sé que estoy bueno, replicó el

Licenciado, y no habrá para que tornar á andar estaciones. ¿Vos bueno? dixo el loco: agora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy cometí Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tú, Licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él, ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover, como pensar ahorcarme. Á las voces y á las razones del loco estuviéron los circunstantes atentos; pero nuestro Licenciado, volviéndose á nuestro capellan, y asiéndole de las manos, le dixo: no tenga Vuesa Merced pena, señor mio, ni haga caso de



lo que este loco ha dicho , que si él es Júpiter , y no quisiere llover , yo , que soy Neptuno , el padre y el Dios de las aguas , lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. A lo que respondió el capellan : con todo eso , señor Neptuno , no será bien enojar al señor Júpiter : Vuesa Merced se quede en su casa , que otro dia , quando haya mas comodidad y mas espacio , volverémos por Vuesa Merced. Rióse el Retor y los presentes , por cuya risa se medio corrió el capellan : desnudáron al Licenciado , quedóse en casa , y acabóse el cuento. ¿Pues este es el cuento , señor Barbero , dixo Don Quixote , que por venir aquí como de molde , no podia dexar de contarle ? ¡ Ah , señor rapista , señor rapista , y quan ciego es aquel que no ve por tela de cedazo ! ¿ Y es posible que Vuesa Merced no sabe , que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio , de valor á valor , de hermosura á hermosura y de linage á linage , son siempre odiosas y mal recibidas ? Yo , señor Barbero , no soy Neptuno el Dios de las aguas , ni procuro que nadie me tenga por discreto , no lo siendo ; solo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está , en no renovar en sí el

felicísimo tiempo , donde campeaba la orden de la andante caballería ; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien , como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomáron á su cargo , y echáron sobre sus espaldas la defensa de los reynos , el amparo de las doncellas , el socorro de los huérfanos y pupilos , el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los mas de los caballeros que agora se usan , ántes les cruxen los damascos , los brocados y otras ricas telas de que se visten , que la malla con que se arman : ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo , armado de todas armas desde los pies á la cabeza , y ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos , arrimado á su lanza , solo procure descabezar , como dicen , el sueño como lo hacian los caballeros andantes : ya no hay ninguno , que saliendo deste bosque , entre en aquella montaña , y de allí pise una estéril y desierta playa del mar , las mas veces proceloso y alterado , y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos , vela , mástil , ni xarcia alguna , con intrépido corazon se arroje en él , entregándose á las implacables olas del

mar profundo , que ya le suben al cielo, y ya le baxan al abismo , y el , puesto el pecho á la incontrastable borrasca , quando ménos se cata , se halla tres mil y mas leguas distante del lugar donde se embarcó , y saltando en tierra remota y no conocida , le suceden cosas dignas de estar escritas , no en pergaminos , sino en bronces ; mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia , la ociosidad del trabajo , el vicio de la virtud , la arrogancia de la valentia , y la teórica de la práctica de las armas , que solo viviéron , y resplandeciéron en las edades del oro , y en los andantes caballeros. Si no díganme ¿quien mas honesto y mas valiente , que el famoso Amadis de Gaula ? ¿quien mas discreto , que Palmerin de Inglaterra ? ¿quien mas acomodado y manual , que Tirante el Blanco ? ¿quien mas galan , que Lisuarte de Grecia ? ¿quien mas acuchillado , ni acuchillador , que Don Belianis ? ¿quien mas intrépido , que Perion de Gaula ? ó ¿quien mas acometedor de peligros , que Felixmarte de Hircania ? ó ¿quien mas sincero , que Esplandian ? ¿quien mas arrojado , que Don Ceriongilio de Tracia ? ¿quien mas bravo , que Rodamonte ? ¿quien mas prudente , que el Rey Sobrino ? ¿quien mas atrevido , que

Reynáldos ? ¿quien mas invencible , que Roldan ? y quien mas gallardo y mas cortés , que Rugero , de quien decien den hoy <sup>2</sup> los Duques de Ferrara , segun Turpin en su Cosmografía ? Todos estos caballeros , y otros muchos que pudiera decir , señor Cura , fuéron caballeros andantes , luz y gloria de la caballería. Destos , ó tales como estos , quisiera yo que fueran los de mi arbitrio , que á serlo , Su Magestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto , y el Turco se quedara pelando las barbas : y con esto me quiero quedar en mi casa , pues no me saca el capellan de ella : y si Júpiter , como ha dicho el Barbero , no lloviere , aquí estoy yo , que lloveré quando se me antojare : digo esto , porque sepa el señor bacía que le entiendo. En verdad , señor Don Quixote , dixo el Barbero , que no lo dixé por tanto , y así me ayude Dios como fué buena mi intencion , y que no debe Vuesa Merced sentirse. Si puedo sentirme , ó no , respondió Don Quixote , yo me lo sé. A esto dixo el Cura : aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora , y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarva la conciencia , nacido de lo que aquí el señor Don Quixote ha dicho. Para



otras cosas mas , respondió Don Quixote, tiene licencia el señor Cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplácito, respondió el Cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes, que Vuesa Merced, señor Don Quixote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; ántes imagino que todo es ficcion, fábula y mentira y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir, medio dormidos. Ese es otro error, respondió Don Quixote, en que han caído muchos, que no creen, que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad: la qual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto

en deponer la ira: y del modo que he delineado á Amadis, pudiera, á mi parecer, pintar y descubrir todos quantos caballeros andantes andan en las historias del orbe, que por la aprehension que tengo, de que fuéron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas. ¿Que tan grande le parece á Vuesa Merced, mi señor Don Quixote, preguntó el Barbero, debía de ser el gigante Morgante? En esto de gigantes, respondió Don Quixote, hay diferentes opiniones, si los ha habido, ó no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golias, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fuéron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres: que la geometría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre, que tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto: y muéveme á ser deste

parecer, hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debaxo de techado, y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. Así es, dixo el Cura, el qual gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó, que que sentia acerca de los rostros de Reynáldos de Montalvan y de Don Roldan, y de los demas doce Pares de Francia; pues todos habian sido caballeros andantes. De Reynáldos, respondió Don Quixote, me atrevo á decir, que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bayladores y algo saltados, puntoso y colérico en demasia, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldan, ó Roto-lando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran en las historias) soy de parecer y me afirmo, que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. Si no fué Roldan mas gentilhombre que Vuesa Merced ha dicho, replicó el Cura, no fué maravilla que la señora Angélica la bella le desdeñase y dexase por la gala, brio y donayre que debia

tener el morillo barbiponiente, á quien ella se entregó: y anduvo discreta de adamar ántes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esa Angélica, respondió Don Quixote, señor Cura, fué una doncella destraida, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dexó el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pagedillo barbilucio, sin otra hacienda, ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo el gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto. Por no atreverse, ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dexó donde dixo:

*Y como del Catay recibió el cetro,*

*Quizá otro cantará con mejor plectro.*

Y sin duda que esto fué como profecía, que los poetas tambien se llaman yates, que quiere decir adivinos. Véese esta verdad clara, porque despues acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura.

Dígame, señor Don Quixote, dixo á esta sazón el Barbero ¿no ha habido algún

poeta, que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió Don Quixote, que si Sacripante, ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran xabonado á la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas fingidas, ó fingidas en efecto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta agora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica, que traxo revuelto el mundo. Milagro, dixo el Cura: y en esto oyéron que el Ama y la Sobrina, que ya habian dexado la conversaci6n, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

## CAPÍTULO II.

*Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina y Ama de Don Quixote, con otros sucesos graciosos.*

Cuenta la historia, que las voces que oyéron Don Quixote, el Cura y el Barbero, eran de la Sobrina y Ama que las

daban, diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á Don Quixote y ellas le defendian la puerta: que quiere este mostrenco en esta casa? idos á la vuestra, hermano, que vos sois y no otro, el que destrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales. Á lo que Sancho respondió: Ama de Satanas, el sonsacado y el destraido y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas, prometíndome una Ínsula, que hasta agora la espero. Malas ínsulas te ahoguen, respondió la Sobrina, Sancho maldito ¿y que son ínsulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que quatro ciudades y que quatro Alcaldes de Corte. Con todo eso, dixo el Ama, no entraréis acá, sacó de maldades y costal de malicias: id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dexaos de pretender ínsulas, ni ínsulos. Grande gusto recibian el Cura y el Barbero de oír el coloquio de los tres; pero Don Quixote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algun monton



de maliciosas necedades , y tocáse en puntos que no le estarian bien á su crédito , le llamó y hizo á las dos que callásen y le dexasen entrar. Entró Sancho , y el Cura y el Barbero se despidiéron de Don Quixote , de cuya salud desesperáron , viendo quan puesto estaba en sus desvariados pensamientos , y quan embebido en la simplicidad de sus mal andantes caballerías , y así dixo el Cura al Barbero : vos veréis , compadre , como quando ménos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera. No pongo yo duda en eso , respondió el Barbero ; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero , como de la simplicidad del escudero , que tan creído tiene aquello de la Insula , que creo que no se lo sacarán del casco quantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie , dixo el Cura , y estémolos á la mira , verémos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero , que parece que los forjáron á los dos en una mesma turquesa , y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardite. Así es , dixo el Barbero , y holgara mucho saber que tratarán ahora los dos. Yo seguro , respondió el Cura , que la Sobrina , ó el Ama nos



*Lecho y del Carricero la sobrina y el ama.*

*J. A. Fernández delgado 1791*

lo cuenta después, que no son de condición que dexarán de escucharlos. En tanto Don Quixote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dixo: mucho me pesa; Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos: una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si á ti te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho, porque, según Vuesa Merced dice, mas anexas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos. Engañaste, Sancho, dixo Don Quixote, según aquello: *quando caput dolet, &c.* No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho. Quiero decir, dixo Don Quixote, que quando la cabeza duele, todos los miembros duelen: y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado, y por esta razón, el mal que á mí me toca, ó tocara, á ti te ha de doler, y á mí el tuyo. Así habia de ser, dixo Sancho; pero quando á mí me manteaban, como á miembro, se estaba mi cabeza de:

tras de las bardas mirándome volar por los ayres, sin sentir dolor alguno: y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, habia de estar obligada ella á dolerse dellos. ¿Querrás tú decir agora, Sancho, respondió Don Quixote, qué no me dolia yo quando á ti te manteaban? y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entonces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero dexemos esto aparte por agora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto: y dime, Sancho amigo, qué es lo que dicen de mi por ese Lugar? ¿en que opinion me tiene el vulgo, en que los hidalgos, y en que los caballeros? ¿Que dicen de mi valentia? ¿que de mis hazañas? ¿y que de mi cortesia? ¿Que se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballesca? Finalmente quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oidos: y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna, que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si á los

oidos de los Príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan, es la dorada. Sirvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que Vuesa Merced no se ha de enojar de lo que dixere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quixote: bien puedes, Sancho, hablar libremente, sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo, dixo, es que el vulgo tiene á Vuesa Merced por grandísimo loco, y á mi por no ménos mentecato. Los hidalgos dicen, que no contentiéndose Vuesa Merced en los limites de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arremetido á caballero con quatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras y otro adelante. Dicen los caballeros, que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hi-



dalgos escuderiles , que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eso , dixo Don Quixote , no tiene que ver conmigo , pues ando siempre bien vestido y jamas remendado : roto bien podria ser , y el roto mas de las armas , que del tiempo. En lo que toca , prosiguió Sancho , á la valentia , cortesía , hazañas y asunto de Vuesa Merced , hay diferentes opiniones : unos dicen , loco , pero gracioso : otros , valiente , pero desgraciado : otros , cortes , pero impertinente , y por aquí van discuriendo en tantas cosas , que ni á Vuesa Merced , ni á mí nos dexan hueso sano. Mira , Sancho , dixo Don Quixote , donde quiera que está la virtud en eminente grado , es perseguida : pocos , ó ninguno de los famosos varones que pasaron , dexó de ser calumniado de la malicia. Julio César , animosísimo , prudentísimo y valentísimo Capitan , fué notado de ambicioso y algun tanto no limpio , ni en sus vestidos , ni en sus costumbres. Alexandro , á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magnó , dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules el de los muchos trabajos se cuenta , que fué lascivo y muelle. De Don Galaor , hermano de Amadis de

Gaula , se murmura que fué mas que demasiadamente rixoso , y de su hermano que fué lloron. Así que , ó Sancho , entre las tantas calumnias de buenos bien pueden pasar las mias , como no sean mas de las que has dicho. Ahí está el toque , cuerpo de mi padre , replicó Sancho. ¿ Pues hay mas ? preguntó Don Quixote. Aun la cola falta por desollar , dixo Sancho : lo de hasta aquí son tortas y pan pintado , mas si Vuesa Merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen , yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas , sin que les falte una meaja , que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco , que viene de estudiar de Salamanca hecho Bachiller , y yéndole yo á dar la bienvenida , me dixo que andaba ya en libros la *HISTORIA* de Vuesa Merced , con nombre *DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA* : y dice que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza , y á la señora Dulcinea del Toboso , con otras cosas que pasámos nosotros á solas , que me hice cruces de espantado , como las pudo saber el historiador que las escribió. Yo te aseguro , Sancho , dixo Don Quixote , que debe de ser algun sa-

bio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y como, dixo Sancho, si era sabio y encantador, pues, segun dice, el Bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Ese nombre es de moro, respondió Don Quixote. Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido decir, que los moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dixo Don Quixote, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir señor. Bien podría ser, replicó Sancho, mas si Vuesa Merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volándas. Harásme mucho placer, amigo, dixo Don Quixote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho: y dexando á su señor, se fué á buscar al Bachiller, con el qual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasáron un graciosísimo coloquio.

## CAPÍTULO III.

*Del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quixote, Sancho Panza y el Bachiller Sanson Carrasco.*

Pensativo ademas quedó Don Quixote esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de sí mismo puestas en libro, como habia dicho Sancho, y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enxuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso imaginó que algun sabio, ó ya amigo, ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las mas señaladas de caballero andante: si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debaxo de las mas viles, que de algun vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decia entre sí, que nunca hazañas de escuderos se escribiéron: y quando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandiloqua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tan-

to ; pero desconsolóle pensar que su autor era moro , según aquel nombre de Cide , y de los moros no se podía esperar verdad alguna , porque todos son embelecadores , falsarios y chimeristas . Temiáse no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia , que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso : deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la había guardado , menospreciando Reynas , Emperatrices y doncellas de todas calidades , teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos : y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones , le hallaron Sancho y Carrasco , á quien Don Quixote recibió con mucha cortesía . Era el Bachiller , aunque se llamaba Sanson , no muy grande de cuerpo , aunque muy gran socarrón , de color macilenta , pero de muy buen entendimiento : tendria hasta veinte y quatro años , cariredondo , de nariz chata y de boca grande , señales todas de ser de condicion maliciosa , y amigo de donayres y de burlas , como lo mostró en viendo á Don Quixote , poniéndose delante dél de rodillas , diciéndole : déme Vuestra Grandeza las manos , señor Don Quixote de la Mancha , que por el hábito de San

Pedro que visto , aunque no tengo otras órdenes que las quatro primeras , que es Vuesa Merced uno de los mas famosos caballeros andantes , que ha habido , ni aun habrá en toda la redondez de la tierra . Bien haya Cide Hamete Benengeli , que la historia de vuestras grandezas dexó escritas , y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano , para universal entretenimiento de las gentes . Hizole levantar Don Quixote , y dixo : desa manera ¿ verdad es que hay historia mia , y que fué moro y sabio el que la compuso ? Es tan verdad , señor , dixo Sanson , que tengo para mí que el día de hoy están impresos mas de doce mil libros de la tal historia : si no dígalo Portugal , Barcelona y Valencia , donde se han impreso , y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberés , y á mí se me trasluce que no ha de haber nacion , ni lengua donde no se traduzca . Una de las cosas , dixo á esta sazón Don Quixote , que mas debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente , es verse , viviendo , andar con buen nombre por las lenguas de las gentes , impreso y en estampa : dixe con buen nombre , porque siendo al contrario , ninguna muer-



te se le igualará. Si por buena fama y si por buen nombre va, dixo el Bachiller, solo Vuesa Merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el moro en su lengua y el christiano en la suya, tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de Vuesa Merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgracias, como en las heridas: la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de Vuesa Merced y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso. Nunca, dixo á este punto Sancho Panza, he oido llamar con Don á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia esa, respondió Carrasco. No por cierto, respondió Don Quixote; pero dígame Vuesa Merced, señor Bachiller; que hazñas mias son las que mas se ponderan en esa historia? En eso, respondió el Bachiller, hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á Vuesa Merced le parecieron Briareos y gigantes: otros á la de los batanes: este á la descripcion de los dos exércitos, que des-

pues parecieron ser dos manadas de carneros: aquel encarece la del muerto, que llevaban á enterrar á Segovia: uno dice, que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes: otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno. Dígame, señor Bachiller, dixo á esta sazón Sancho ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, quando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo? No se le quedó nada, respondió Sansón, al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el ayre sí, y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino, dixo Don Quixote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibaxos, especialmente las que tratan de caballerías, las quales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos. Con todo eso, respondió el Bachiller, dicen algunos que han leído la historia, que se holgaran se les hubiera olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros diéron al señor Don Quixote. Ahí entra la verdad de la historia, dixo Sancho. Tambien pudieran callar-

los por equidad, dixo Don Quixote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para que escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. Á fe que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero. Así es, replicó Sansón; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar, ó cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser, y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda á decir verdades ese señor moro, dixo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos, porque nunca á Su Merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo; pero no hay de que maravillarme, pues como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarron sois, Sancho, respondió Don Quixote, á fe que no os falta memoria, quando vos quereis tenerla. Quando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dixo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aun

se están frescos en las costillas. Callad, Sancho, dixo Don Quixote, y no interrumpais al señor Bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia. Y de mí, dixo Sancho, que tambien dicen, que soy yo uno de los principales presonages della. Personages, que no presonages, Sancho amigo, dixo Sansón. ¿Otro reprochador de voquibles tenemos? dixo Sancho, pues ándense á eso, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el Bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia mas oiros hablar á vos, que al mas pintado de toda ella, puesto que tambien hay quien diga, que anduvistes demasadamente de crédulo en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella Insula ofrecida por el señor Don Quixote, que está presente. Aun hay sol en las bardas, dixo Don Quixote, y mientras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años, estará mas idóneo y mas hábil para ser Gobernador, que no está agora. Por Dios, señor, dixo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el daño está

en que la dicha Ínsula se entretiene, no sé donde, y no en faltarme á mi el caletre para gobernarla. Encomendado á Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dixo Sanson, que si Dios quiere, no le faltarán á Sancho mil islas que gobernar, quanto mas una. Gobernadores he visto por ahí, dixo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman Señoría, y se sirven con plata. Esos no son Gobernadores de ínsulas, replicó Sanson, sino de otros gobiernos mas manuales: que los que gobiernan ínsulas, por lo ménos han de saber gramática. Con la grama bien me avendria yo, dixo Sancho, pero con la tica, ni me tiro, ni me pago, porque no la entiendo; pero dexando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde mas de mí se sirva, digo, señor Bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto, que el autor de la historia haya hablado de mí, de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan: que á fe de buen escudero, que si hubie-ra dicho de mí cosas que no fueran muy

de christiano viejo como soy, que nos habian de oir los sordos. Eso fuera hacer milagros, respondió Sanson. Milagros, ó no milagros, dixo Sancho, cada uno mire como habla, ó como escribe de las personas, y no ponga á troche moche lo primero que le viene al magin. Una de las tachas que ponen á la tal historia, dixo el Bachiller, es, que su autor puso en ella una novela, intitulada: *El Curioso Impertinente*, no por mala, ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de Su Merced el señor Don Quixote. Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con capachos. Ahora digo, dixo Don Quixote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algun ignorante hablador, que á tiento y sin algun discurso se puso á escribirla, salga lo que saliere, como hacia Orbaneja, el pintor de Ubeda, al qual preguntándole, que pintaba, respondió, lo que saliere: tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él, *este es gallo*: y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla. Eso no, respondió Sanson, por-



que es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran, y finalmente es tan trillada y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocin fiaco, quando dicen, allí va Rocinante: y los que mas se han dado á su lectura son los pages: no hay antecámara de Señor, donde no se halle un Don Quixote: unos le toman, si otros le dexan: estos le embisten, y aquellos le piden. Finalmente la tal historia es del mas gustoso y ménos perjudicial entretenimiento, que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta, ni un pensamiento ménos que católico. A escribir de otra suerte, dixo Don Quixote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen, habian de ser quemados, como los que hacen moneda falsa: y no sé yo que le movió al autor á valerse de novelas y cuentos agenos, habiendo tanto que escribir en los míos: sin duda se debió de atener al refran: de paja y de heno &c. Pues en verdad, que en solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros y mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometi-

mientos, pudiera hacer un volúmen mayor, ó tan grande, que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efeto lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es que para componer historias y libros de qualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento: decir gracias y escribir donayres, es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser. el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios en quanto á verdad; pero no obstante esto hay algunos que así componen y arrojan libros de sí, como si fuesen buñuelos. No hay libro tan malo, dixo el Bachiller, que no tenga algo bueno. No hay duda en eso, replicó Don Quixote; pero muchas veces acontece, que los que tenían méritamente grangeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa, la perdiéron del todo, ó la menoscábaron en algo. La causa deso es, dixo Sanson, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto mas se escudriñan, quanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres fa-

c iv

mosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre, ó las mas veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo. Eso no es de maravillar, dixo Don Quixote, porque muchos teólogos hay, que no son buenos para el púlpito, y son bonisimos para conocer las faltas, ó sobras de los que predicán. Todo esto es así, señor Don Quixote, dixo Carrascos; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran mas misericordiosos, y ménos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la ménos sombra que pudiese: y quizá podria ser que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene: y así digo, que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente á todos los que le leyeren. El que de mí trata, dixo Don Quixote, á pocos habrá contentado. Antes

es al revés, que como de *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia: y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quien fué el ladrón que hurtó el rocío á Sancho, que allí no se declara, y solo se infiere de lo escrito que se le hurtáron, y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mismo jumento, sin haber parecido: tambien dicen, que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos, que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra, y hay muchos que desean saber que hizo dellos, ó en que los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra. Sancho respondió: yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas, ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía: en casa lo tengo, mi oislo me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á Vuesa Merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos: y sin esperar respuesta, ni decir otra palabra,

se fué á su casa. Don Quixote pidió y rogó al Bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el Bachiller el embite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmiéron la siesta, volvió Sancho, y renovose la plática pasada.

## CAPÍTULO IV.

*Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.*

Volvió Sancho á casa de Don Quixote, y volviendo al pasado razonamiento, dixo: á lo que el señor Sanson dixo, que se deseaba saber, quien, ó como, ó quando se me hurtó el jumento, respondiéndome digo, que la noche misma que huyendo de la santa Hermandad nos entrámos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metímos entre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio molidos y cansados de las

pasadas refriegas, nos pusimos á dormir, como si fuera sobre quatro colchones de pluma: especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué, tuvo lugar de llegar y suspenderme, sobre quatro estacas que puso á los quatro lados de la albarda, de manera que me dexó á caballo sobre ella, y me sacó debaxo de mí al rucio sin que yo lo sintiese. Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo, que lo mesmo le sucedió á Sacripante, quando estando en el cerco de Albraca con esa misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo. Amaneció, prosiguió Sancho, y apénas me hube estremecido, quando faltando las estacas, di conmigo en el suelo una gran caída, miré por el jumento, y no le vi: acudieronme lágrimas á los ojos, y hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé quantos dias, viniendo con la señora Princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venia sobre él en hábito de gitano aquel Gines de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitámos mi señor y yo de la cadena. No está en eso el yerro, replicó San-



son, sino en que ántes de haber parecido el jumento, dice el autor, que iba á caballo Sancho en el mismo rucio. Á eso, dixo Sancho, no sé que responder, sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor. Así es sin duda, dixo Sanson; pero ¿que se hicieron los cien escudos? Deshicieronse, respondió Sancho: yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi muger y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi muger lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo á mi señor Don Quixote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba: y si hay mas que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mesmo Rey en presona, y nadie tiene para que meterse en si truxe, ó no truxe, si gasté, ó no gasté, que si los palos que me diéron en estos viages se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á quatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no habia para pagarme la mitad: y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo y aun peor muchas veces. Yo tendré cuidado, dixo

Carrasco, de acusar al autor de la historia que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realizarla un buen coto mas de lo que ella se está. ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor Bachiller? preguntó Don Quixote. Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas. ¿Y por ventura, dixo Don Quixote, promete el autor segunda parte? Sí promete, respondió Sanson; pero dice que no ha hallado, ni sabe quien la tiene, y así estamos en duda, si saldrá, ó no: y así por esto como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas: y otros, de las cosas de Don Quixote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte, aunque algunos, que son mas joviales que saturninos, dicen: vengan mas quixotadas, embista Don Quixote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos. ¿Y á que se atiene el autor? dixo Don Quixote. ¿A que? respondió Sanson: en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de

otra alabanza alguna. Á lo que dixo Sancho ¿al dinero y al interes mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como sastre en visperas de pascuas, y las obras que se hacen apriesa, nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto rípio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda, que nos dormimos aqui en las pajas, pues ténganos el pie al herrar, y verá del que cosqueamos: lo que yo sé decir, es, que si mi señor tomase mi consejo, ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros. No habia bien acabado de decir estas razones Sancho, quando llegaron á sus oídos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó Don Quixote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres, ó quatro dias otra salida: y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo por que parte comenzaria su jornada, el qual le respondió,

que era su parecer que fuese al reyno de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde de allí á pocos dias se habian de hacer unas solemnissimas justas por la fiesta de San Jorge, en las cuales podria ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradisima y valentissima su determinación, y advirtióle que anduyese mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester, para que los amparase y socorriese en sus desventuras. Deso es lo que yo reniego, señor Sanson, dixo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados, como un muchacho goloso á media docena de badeas. Cuerpo del mundo, señor Bachiller: sí, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago, y cierra España: y mas que yo he oído decir, y creo que á mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que en los extremos de carbade y de temerario está el medio de la valentia: y si esto es así, no quiero que huya sin tener para que, ni que acometa quando la demasia pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me

ha de llevar consigo , ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa , que á mirar por su persona , en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le baylaré el agua delante ; pero pensar que tengo de poner mano á la espada , aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina , es pensar en lo excusado. Yo , señor Sanson , no pienso grangear fama de valiente , sino del mejor y mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante : y si mi señor Don Quixote , obligado de mis muchos y buenos servicios , quisiere darme alguna Ínsula de las muchas que Su Merced dice que se ha de topar por ahí , recibiré mucha merced en ello , y quando no me la diere , nacido soy , y no ha de vivir el hombre en oto de otro , sino de Dios , y mas que tan bien , y aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado , que siendo Gobernador : y ¿ sé yo por ventura , si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla , donde tropiece y cayga y me deshaga las muelas ? Sancho nació , y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas á buenas , sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase

el Cielo alguna Ínsula , ó otra cosa semejante , no soy tan necio que la desechase , que tambien se dice : quando te dieren la vaquilla , corre con la soguilla , y quando viene el bien , mételo en tu casa. Vos , hermano Sancho , dixo Carrasco , habeis hablado como un catedrático ; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor Don Quixote , que os ha de dar un reyno , no que una Ínsula. Tanto es lo de mas , como lo de ménos , respondió Sancho , aunque sé decir al señor Carrasco , que no echara mi señor el reyno que me diera en saco roto , que yo he tomado el pulso á mí mismo , y me hallo con salud para regir reynos y gobernar Ínsulas : y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor. Mirad , Sancho , dixo Sanson , que los oficios mudan las costumbres , y podria ser que viéndoos Gobernador , no conociédes á la madre que os parió. Eso allá se ha de entender , respondió Sancho , con los que nacióron en las malvas , y no con los que tienen sobre el alma quatro dedos de inxundia de christianos viejos , como yo los tengo : no , sino llegaos á mi condicion , que sabrá usar de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga , dixo Don Quixote , y ello dirá , quando el gobier-



no venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos. Dicho esto, rogó al Bachiller, que si era poeta, le hiciese merced de componerle unos versos, que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese, que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos juntando las primeras letras, se leyese Dulcinea del Toboso. El Bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dexaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete, y que si hacia quatro castellanas de á quatro versos, sobraba una letra, y si de á cinco, á quien llaman décimas, ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuraria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las quatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dixo Don Quixote, que si allí no va el nombre patente y de manifesto, no hay muger que crea, que para ella se hicieron

los metros. Quedáron en esto, y en que la partida seria de allí á ocho dias. Encargó Don Quixote al Bachiller la tuviese secreta, especialmente al Cura y á Maese Nicolas y á su Sobrina y al Ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió, encargando á Don Quixote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase, habiendo comodidad, y así se despidieron, y Sancho fué á poner en orden lo necesario para su jornada.

## CAPÍTULO V.

*De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su muger Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.*

Llegando á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dexar de traducirlo, por cumplir con lo que

á su oficio debía, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su muger conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle ¿que traeis, Sancho amigo, que tan alegre venis? Á lo que él respondió: muger mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro. No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé que quereis decir en eso, de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta, no sé yo quien recibe gusto de no tenerle. Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre, porque tengo determinado de volver á servir á mi amo Don Quixote, el qual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él, porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar, si podré hallar otros cien escudos, como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pie enxuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podia hacer á poca costa y no mas de quererlo, claro está que mi alegría fuera mas firme y valedera, pues que la que tengo

va mezclada con la tristeza del dextare: así que, dixes bien, que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento. Mirad, Sancho, replicó Teresa, despues que os hicistes miembro de caballero andante, hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, muger, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí, y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demas xarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oír silbos, rugidos, bramidos, y baladros, y aun todo esto fuera flores de cantueso, si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, muger, respondió Sancho, que si no pensase ántes de mucho tiempo verme Gobernador de una Ínsula, aquí me caería muerto. Eso no, marido mio, dixo Teresa,

viva la gallina, aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévase el diablo quantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habeis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis, ó os llevarán á la sepultura, quando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dexan de vivir, y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela, si es que su tío el Abad le ha de dexar hecho de la Iglesia. Mirad tambien que Marisancha vuestra hija no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos, que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno, y en fin en fin, mejor parece la hija mal casada, que bien abarraganada. Á buena fe, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo que de gobierno, que tengo de casar, muger mia, á Marisancha tan altamente que no la alcancen, sino con llamarla Señoría.

Eso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual, que es lo mas acertado; que si de los zuecos la sacais á chapines, y de saya parda de catorceno á vendugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú, á una Doña tal y Señoría, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. Calla, boba, dixo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que despues le vendrá el señorío y la gravedad como de molde, y quando no ¿que importa? séase ella Señoría, y venga lo que viniere. Medios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os querais alzar á mayores, y advertid al refran que dice: al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto que seria gentil cosa casar á nuestra María con un Condazo, ó con un caballero, que quando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterones y de la pelaruecas: no en mis dias, marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dexadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y



sé que no mira de mal ojo á la mochacha, y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y serémos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros: y no casármela vos ahora en esas cortes, y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia, y muger de Barrabas, replicó Sancho: ¿por que quieres tú ahora, sin que ni para que estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos, que se llamen Señoría? Mira, Teresa, siempre he oido decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura quando le viene, que no se debe quejår si se le pasa: y no sería bien, que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dexémoslos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que mas abaxo dice Sancho, dixo el traductor desta historia que tenia por apócrifo este capítulo.) ¿No te parece, animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo, y casase á Marisancha con quien yo quisiere, y verás como te llaman á tí Doña Teresa Pan-

za, y te sientas en la Iglesia sobre alcalfifa, almohadas y arambeles, á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? No sino estaos siempre en un ser, sin crecer, ni menguar, como figura de paramento: y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser Condesa, aunque tú mas me digas. ¿Veis quanto decís, marido? respondió Teresa; pues con todo eso temo, que este Condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagais Duquesa, ó Princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad, ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos: Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas, ni arrequives de dones, ni donas: Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra muger me llaman Teresa Panza, que á buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo; pero allá van Reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un Don encima, que pesé tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil, ó á lo de Gobernadora, que luego dirán: mirad que

entonada va la pazpuerca : ayer no se har-  
taba de estirar de un copo de estopa, y iba  
á misa cubierta la cabeza con la falda de  
la saya en lugar de manto, y ya hoy va  
con verdugado, con broches y con entono,  
como si no la conociésemos. Si Dios me  
guarda mis siete, ó mis cinco sentidos, ó  
los que tengo, no pienso dar ocasion de  
verme en tal aprieto : vos, hermano, idos  
á ser gobierno, ó ínsulo, y entonaos á  
vuestro gusto, que mi hija, ni yo por el  
siglo de mi madre que no nos hemos de  
mudar un paso de nuestra aldea : la muger  
honrada la pierna quebrada y en casa, y  
la doncella honesta el hacer algo es su  
fiesta : idos con vuestro Don Quixote á  
vuestras aventuras, y dexadnos á noso-  
tras con nuestras malas venturas, que Dios  
nos las mejorará, como seamos buenas : y  
yo no sé por cierto quien le puso á él  
Don, que no tuvieron sus padres, ni sus  
agüelos. Ahora digo, replicó Sancho, que  
tienes algun familiar en ese cuerpo. ¡Vá-  
late Dios la muger, y que de cosas has  
ensartado unas en otras, sin tener pies,  
ni cabeza ! ¿Que tiene que ver el Cas-  
cajo, los broches, los refranes y el en-  
tono con lo que yo digo ? Ven acá, men-  
tecata, é ignorante ( que así te puedo lla-

mar, pues no entiendes mis razones, y  
vas huyendo de la dicha ) si yo dixera,  
que mi hija se arrojará de una torre aba-  
xo, ó que se fuera por esos mundos, co-  
mo se quiso ir la Infanta Doña Urraca,  
teneis razon de no venir con mi gusto;  
pero si en dos paletas, y en ménos de  
un abrir y cerrar de ojos te la chanto un  
Don, y una Señoría á cuestras, y te la  
saco de los rastros, y te la pongo en  
toldo y en peana y en un estrado de mas  
almohadas de velludo, que tuvieron moros  
en su linage los Almohadas de Marrue-  
cos ; por que no has de consentir y querer  
lo que yo quiero ? ¿Sabeis por que, mari-  
do ? respondió Teresa, por el refran que  
dice : quien te cubre te descubre : por el  
pobre todos pasan los ojos como de corri-  
da, y en el rico los detienen, y si el tal  
rico fué un tiempo pobre, allí es el mur-  
murar, y el maldecir, y el peor perseve-  
rar de los maldicientes, que los hay por  
esas calles á montones, como enxambres  
de abejas. Mira, Teresa, respondió San-  
cho, y escucha lo que agora quiero decir-  
te, quizá no lo habrás oido en todos los  
dias de tu vida : y yo agora no hablo de  
mio, que todo lo que pienso decir, son  
sentencias del padre predicador, que la

quaresma pasada predicó en este pueblo, el qual, si mal no me acuerdo, dixo que todas las cosas presentes, que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con mas vehemencia, que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho, son las segundas, por quien dice el tradutor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el qual prosiguió diciendolo.) De donde nace que quando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos presente alguna baxeza en que vimos á la tal persona, la qual ignominia ahora sea de pobreza, ó de linage, como ya pasó, no es, y solo es lo que vemos presente: y si este á quien la fortuna sacó del borrador de su baxeza (que por estas mesmas razones lo dexó el padre á la alteza de su prosperidad) fuere bien criado, liberal y cortes con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que

reverencien lo que es, sino fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisieredes, y no me quebreis mas la cabeza con vuestras arengas y retóricas: y si estais revuelto en hacer lo que decís. Resuelto has de decir, muger, dixo Sancho, y no revuelto. No os pongais á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibuxos, y digo que si estais porfiando en tener gobierno, que lleveis con vos á vuestro hijo Sancho para que desde agora le enseñeis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dixo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no os faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los Gobernadores, quando no los tienen: y vístele de modo, que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Enviad vos dinero, dixo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito. En efeto quedamos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ser Condesa nuestra hija. El dia que yo la viere Condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez



os digo que hagais lo que os diere gusto; que con esta carga nacemos las mugeres de estar obedientes á sus maridos, aunque sean unos porros: y en esto comenzó á llorar tan de véras, como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer Condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á Don Quixote, para dar orden en su partida.

## CAPÍTULO VI.

*De lo que le pasó á Don Quixote con su Sobrina y con su Ama: y es uno de los importantes capitulos de toda la historia.*

En tanto que Sancho Panza y su muger Teresa Cascajo pasáron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la Sobrina y el Ama de Don Quixote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al exercicio de su, para ellas, mal andante caballeria. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar

en desierto y majar en hierro frio: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasáron le dixo el Ama: en verdad, señor mio, que si Vuesa Merced no afirma el pie llano y se está quedo en su casa, y se dexa de andar por los montes y por los valles, como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grita á Dios y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió Don Quixote: Ama, lo que Dios responderá á tus quejas, yo no lo sé, ni lo que ha de responder Su Magestad tampoco, y solo sé que si yo fuera Rey, me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia le dan, que uno de los mayores trabajos que los Reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos: así no querria yo que cosas mias le diesen pesadumbre. A lo que dixo el Ama: díganos, señor ¿en la corte de Su Magestad no hay caballeros? Sí, respondió Don Quixote, y muchos: y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los Príncipes, y para ostentacion de la Magestad Real. ¿Pues no seria Vues-